

¿APRENDER A FUERZA DE CATÁSTROFES? DIAGNÓSTICO RETROSPECTIVO DEL BREVE SIGLO XX

Jürgen Habermas

1. Continuidades que persisten

El umbral del próximo siglo cautiva la fantasía porque lleva a un milenio nuevo. Este corte en el calendario se debe a un cómputo del tiempo conforme a una historia sagrada cuyo punto cero, el nacimiento de Cristo, ha significado en efecto una cesura en la historia universal, como podemos constatar retrospectivamente. A fines del segundo milenio los horarios de líneas aéreas internacionales, las transacciones globales en Bolsa, los congresos mundiales de los científicos e incluso los encuentros en el espacio exterior se riegan por el cómputo cristiano del tiempo. Pero las cifras redondas que producen las pautas de un calendario no coinciden con los nudos que los acontecimientos históricos mismos trenzan en el tiempo. Cifras como 1900 ó 2000 carecen de significación comparadas con fechas históricas como 1914, 1945 ó 1989. Y sobre todo, esos cortes en el calendario encubren la continuidad de tendencias venidas de muy atrás a una modernidad social que también cruzará inalterada el umbral del siglo XXI. Antes de pasar a ocuparme de la fisonomía propia del siglo XX quisiera evocar esos ritmos dilatados, que atraviesan como quien dice la centuria entera, tomando como ejemplos el desarrollo demográfico (a), la transformación estructural del trabajo (b) y el historial del progreso técnico y científico (c).

La balsa de la Medusa, 50, 1999.

A) Consecuencia ante todo de los adelantos en medicina, en Europa se ha venido produciendo un rápido crecimiento de población ya desde comienzos del siglo XIX. Este desarrollo demográfico, que entretanto se ha detenido en las sociedades ricas, ha proseguido en el tercer mundo de forma explosiva desde mediados de nuestro siglo. Los expertos no cuentan para antes del 2030 con una estabilización en torno a los diez mil millones de seres humanos; con lo que se habría quintuplicado la población mundial de 1950. Tras esta tendencia estadística se esconde desde luego una gama variada de fenómenos.

A comienzos de nuestro siglo, sus contemporáneos captaron esta explosión demográfica en primer lugar en la figura social de «las masas». Tampoco entonces era este fenómeno completamente nuevo. Antes de que Le Bon se interesara por la *Psicología de las masas* la novela del s. XIX ya sabía de masas de seres humanos concentradas en ciudades y suburbios, en fábricas, oficinas y cuarteles, de movilizaciones masivas de trabajadores y emigrantes, de manifestantes, huelguistas y revolucionarios. Pero sólo a comienzos del siglo XX cuajaron corrientes, organizaciones y acciones de masas en fenómenos acuciantes que desencadenaron la visión de una *Rebelión de las masas* (Ortega y Gasset). En la movilización de masas de la segunda guerra mundial y en el sufrimiento en masa de los campos de concentración, así como a partir de 1945 en las columnas masivas de refugiados y el caos de masas de los desplazados, se desarrolló un colectivismo proclamado desde la portada del *Leviatán* de Hobbes, donde ya los innumerables individuos son anónimamente amalgamados en la figura prepotente de un macrosujeto colectivo. Pero desde mediados de este siglo la fisonomía de las grandes cifras cambia. La presencia de cuerpos congregados, apiñados o en marcha, es reemplazada por la inclusión simbólica de la conciencia de la multitud en unas redes de comunicación de alcance cada vez más amplio: la concentración de masas se transforma en esparcimiento del público de los medios de masas¹. las riadas y atascos físicos del tráfico

¹ «zerstreute Publikum»; «Zerstreuung», esparcimiento, reúne en alemán la misma ambigüedad que en castellano entre dispersión y diversión (n. del t.).

J. Habermas es una de las figuras más destacadas del pensamiento contemporáneo. El presente ensayo está incluido en el volumen *Die postnationale Konstellation, Politische Essays* (Francfort, Suhrkamp, 1998).

siguen creciendo, mientras se entretajan conexiones individuales en redes electrónicas que convierten en anacronismo las masas apelotonadas en calles y plazas. Ciertamente, el cambio de percepción social no afecta a esa fundamental continuidad en el crecimiento de población.

B) De forma parecida, el cambio de estructura del sistema de empleo se cumple en ritmos dilatados que desbordan los umbrales del siglo. Motor de este proceso es la introducción de métodos productivos que ahorren trabajo, esto es, el incremento de la productividad laboral. Desde la revolución industrial en la Inglaterra del s. XVIII la modernización de la actividad económica sigue la misma secuencia en todos los países. La masa de población obrera que desde milenios desarrollaba su actividad en la agricultura se desplaza primeramente al sector secundario de producción de bienes, y luego al terciario, de comercio, transporte y servicios. Entretanto las sociedades postindustriales han venido a caracterizarse por un sector cuaternario de actividades con base científica que dependen del aflujo de información nueva y, en último término, de la investigación e innovación, como son industrias de alta tecnología, sanidad, banca o administración pública. Investigación e innovación, a su vez, se deben a una «revolución educativa» (T. Parsons) que no sólo ha desterrado el analfabetismo sino que ha llevado a una drástica ampliación del sistema educativo secundario y terciario. Mientras la formación superior perdía su carácter elitista, las universidades se convertían a menudo en foco de disturbios políticos.

En el curso del siglo XX este patrón de cambio estructural del trabajo ha permanecido inalterado, ciertamente, pero el ritmo se ha acelerado. A un país como Corea sometido a las condiciones de una dictadura desarrollista le ha sido posible dar desde 1960 el salto de la sociedad preindustrial a la postindustrial en el espacio de una sola generación. Esta aceleración explica el nuevo carácter que ha adquirido en la segunda mitad del siglo un proceso con el que estábamos familiarizados hace mucho, la emigración del campo a la ciudad. Dejando aparte China y el África subsahariana, el brusco crecimiento de productividad en la agricultura mecanizada ha despoblado prácticamente el sector agrario. En los países de la OCDE el porcentaje de ocupación en una agricultura altamente subvencionada se ha hundido por debajo del 10%. En moneda fenomenológica de vivencia cotidiana eso significa una ruptura radical con el pasado. La forma de vida rural que desde el neolítico hasta bien entrado el s. XIX ha marcado a todas las culturas con idéntico sello se ha vuelto en los países desarrollados un pasatiempo trucado. La

decadencia del campesinado ha revolucionado también la tradicional relación entre campo y ciudad. Hoy vive en ciudades más del 40% de la población mundial. Junto con las formas de vida urbana surgidas en la vieja Europa, el proceso de urbanización destruye incluso la ciudad como tal. Aunque Nueva York, incluso en el núcleo metropolitano de Manhattan, ya sólo recuerde de lejos al Londres o el París del s. XIX, son, sin embargo, las desbordadas regiones metropolitanas de Ciudad de Méjico, Tokio, Calcuta, Sao Paulo, El Cairo, Seúl o Shanghai las que han reventado las dimensiones habituales de la «ciudad». Los flotantes perfiles de esas megalópolis que proliferan desde hace dos o tres décadas ofrecen una visión para la que aún nos faltan conceptos.

C) Finalmente, la cadena de progresos técnicos y científicos con importancia social constituye una tercera continuidad que atraviesa el siglo y lo rebasa. Formas de energía y materiales artificiales nuevos, nuevas tecnologías industriales, militares y médicas, nuevos medios de transporte y comunicación que durante el siglo XX han revolucionado tanto la actividad económica como las formas de vida y trato social, se fundamentan todos en conocimientos científicos de la naturaleza y en desarrollos técnicos que son fruto del pasado. Éxitos técnicos como el dominio de la energía atómica y los viajes espaciales tripulados, innovaciones como el desciframiento de códigos genéticos y la introducción de tecnologías genéticas en agricultura y medicina cambian ciertamente nuestra conciencia de riesgo, y afectan incluso a la visión ética que tenemos de nosotros mismos. Pero, en cierto modo, incluso estos logros espectaculares siguen yendo por vías habituales. El planteamiento instrumental ante una naturaleza objetivada científicamente no ha cambiado desde el siglo XVII; e inmutable permanece el tipo de dominio técnico de procesos naturales decodificados, aun cuando hoy nuestras intrusiones en la materia alcancen más hondo y más lejos que nunca nuestras incursiones en el cosmos.

Las estructuras repletas de tecnología del mundo de vivencias cotidiano siguen exigiendo de nosotros los legos un trato zafio con aparatos y dispositivos incomprensibles, y una confianza sin más fundamento que el hábito en el funcionamiento de técnicas y circuitos inescrutables. En sociedades complejas, todo experto se torna lego ante los demás expertos. Ya Max Weber describía esa «ingenuidad segunda» que nunca nos abandona cuando enredamos con transistores y cámaras de mano, calculadoras de bolsillo, ordenadores portátiles o aparatos de vídeo, o dondequiera que manejemos fami-

liares aparatos electrónicos en cuya producción interviene el conocimiento acumulado de muchas generaciones de científicos. Pese a las reacciones de pánico ante accidentes o informes de riesgo, esa asimilación de lo incomprendido a lo fiable en el mundo de vivencias cotidiano sólo se ve sacudida de forma pasajera por las dudas que sobre la fiabilidad del saber de los expertos y la alta tecnología alimentan los medios de opinión. La acrecentada conciencia de riesgo no le provoca mayor inseguridad a la rutina diaria.

Importancia bien distinta para la transformación a largo plazo del horizonte de experiencia cotidiana es la que tiene el efecto acelerador de las mejoras en técnicas de comunicación y transporte. Ya los viajeros que hacia 1830 utilizaron los primeros trenes informaban de nuevas percepciones del espacio y el tiempo. En el siglo XX el tráfico automovilístico y la aviación civil han seguido acelerando el transporte de personas y mercancías, y amenguando más y más las distancias también en el plano subjetivo. En otro sentido, la conciencia del espacio y el tiempo también se ha visto afectada por las nuevas técnicas de transmisión, almacenamiento y proceso de información. En la Europa de finales del s. XVIII la impresión de libros y periódicos ya había contribuido al surgimiento de una conciencia histórica global, orientada hacia el futuro; a fines del s. XIX Nietzsche clamaba contra el historicismo con que una élite ilustrada se hacía presente todo². Desde entonces, el distraído desacoplamiento del presente con unos pasados objetivados en museos ha cundido entre las masas de turistas ilustrados. También la prensa de masas es hija del XIX; pero los efectos de máquina del tiempo que surtieron los medios impresos se han multiplicado en el curso del siglo XX merced a la fotografía, el cine, la radio y la televisión. Las distancias espaciales y temporales ya no se «vencen», se disipan sin dejar rastro en la ubicua presencia de realidades duplicadas. La comunicación digital, por último, supera en capacidad y alcance a todos los demás medios. Mayor número de seres humanos puede producir, procesar e intercambiar simultáneamente a distancias discrecionales y a mayor velocidad mayores cantidades de información más diversa. Las consecuencias mentales de Internet, que choca con más fuerza que cualquier nuevo electrodoméstico con las vivencias cotidianas a las que estamos acostumbrados, son todavía difíciles de valorar.

² «vergegenwärtigenden Historismus»; prefiero esta traducción a «representarse» porque «hacer presentes» añade algunos significados ajustados e interesantes, sobre todo en reflexivo (n. del t.).

2. *Dos fisonomías de un siglo*

Las continuidades de la modernidad social que atraviesan y rebasan el siglo marcado en los calendarios sólo a medias nos enseñan qué caracteriza al siglo XX *como tal*. Por eso en sus exposiciones los historiadores pautan el curso del tiempo antes por acontecimientos que por tendencias o cambios estructurales; pues la fisonomía de un siglo queda marcada por los cortes de grandes acontecimientos. Entre los historiadores, preparados aún para pensar en «grandes unidades», reina hoy el acuerdo acerca de que al «largo» siglo XIX (1789-1914) le ha seguido un «corto» siglo XX (1914-1989). El comienzo de la primera guerra mundial y el derrumbamiento de la Unión Soviética enmarcan un antagonismo que se extiende a través de ambas guerras mundiales y la guerra fría. Claro que esta pauta da pie a tres interpretaciones distintas, según en qué plano se asiente ese antagonismo: el económico del sistema social, el político de las superpotencias, o el cultural de las ideologías. Naturalmente, la elección de uno u otro de estos puntos de vista hermenéuticos también está determinada a su vez por la lucha de las ideas que han dominado el siglo.

Aún hoy se prolonga la guerra fría con medios historiográficos, tanto si lo que sirve de hilo conductor es el desafío planteado al occidente capitalista por la Unión Soviética (Eric Hobsbawm) como si lo es la lucha del occidente liberal contra los regímenes totalitarios (François Furet). De una u otra forma, ambas interpretaciones explican el hecho de que sólo los Estados Unidos hayan salido de las dos guerras mundiales robustecidos económica, política y culturalmente, y hayan sobrevivido al final de la guerra fría como única superpotencia. Este resultado es el que ha otorgado al siglo el calificativo de «norteamericano». La tercera de esas posibles lecturas es menos inequívoca. En tanto el concepto «ideología» se utilice en un sentido neutral, el título de *Era de las ideologías* (Hildebrand) ocultará sólo una variante de la teoría del totalitarismo conforme a la cual la lucha de regímenes se refleja en una lucha entre visiones del mundo. En otros casos, sin embargo, ese mismo título designa la perspectiva, desarrollada por Carl Schmitt, de una guerra civil a escala mundial, punto de vista conforme al cual (E. Nolte) desde 1917 se han enfrentado dos proyectos utópicos, democracia mundial y revolución mundial, con Wilson y Lenin como exponentes. Conforme a esta lectura, propia de la crítica ideológica de derechas, la historia quedó entonces infectada por el bacilo de la filosofía de la historia, y de tal modo descarriada que hasta

1989 no pudo volver a entrar por las vías normales de historias nacionales como manda la naturaleza.

De cada una de estas tres perspectivas sale el breve siglo XX con una fisonomía propia. Conforme a la primera lectura, le ha tenido sin aliento el desafío planteado al sistema capitalista occidental por el mayor experimento jamás emprendido con el ser humano; la industrialización a marchas brutalmente forzadas mediante crueles sacrificios le abrió a la Unión Soviética el ascenso político al rango de superpotencia, desde luego, pero no le aseguró una base económica y sociopolíticamente apta para sostener frente al modelo occidental una alternativa capaz de sobrepasarle o al menos de sobrevivir. Conforme a la segunda lectura, el siglo lleva los ominosos rasgos de un totalitarismo que rompió un proceso de civilización iniciado con la Ilustración, destruyendo las esperanzas de domesticación del poder estatal y humanización del trato social. La violencia sin fronteras del totalitarismo de las naciones responsables de la guerra quebrantó los límites del derecho internacional tan desconsideradamente como en el interior suspendía garantías constitucionales la violencia terrorista de unos poderes dictatoriales de partido único. Mientras que en estas dos perspectivas se reparten inequívocamente luces y sombras entre las fuerzas totalitarias y sus adversarios liberales, conforme al tercer tipo de lectura, postfascista, el siglo se encuentra a la sombra de una encrucijada ideológica entre partidos, si no de igual rango, sí de parecida mentalidad. Ambas partes parecen dedicadas a zanjar por la fuerza una contradicción entre visiones del mundo plasmada en programas que se fundan en una u otra filosofía de la historia, y que deben la fuerza de su fanatismo a energías originariamente religiosas desviadas a fines seculares.

Con todas sus diferencias, algo tienen en común estas tres versiones: todas dirigen la mirada a los rasgos más crueles de una época que ha «inventado» la cámara de gas y la guerra total, el genocidio ejecutado por el Estado y los campos de exterminio, el lavado de cerebro, los cuerpos de seguridad del Estado y la vigilancia panóptica de poblaciones enteras. Este siglo ha «producido» más víctimas, más soldados caídos, más particulares asesinados, bajas civiles y minorías expulsadas, más torturados, vejados, hambrientos y desamparados, más prisioneros y refugiados políticos de los que hasta entonces se hubiera podido siquiera imaginar. Violencia y barbarie trazan la rúbrica de la época. De Horkheimer y Adorno a Baudrillard, de Heidegger a Foucault y Derrida, los rasgos totalitarios de la época han quedado grabados incluso en la estructura de los diagnósticos emitidos sobre ella. Esto me

da pie a preguntar si a tales interpretaciones negativas no se les estará escapando, presas de horror ante tales cuadros, la otra cara de tanta catástrofe.

Cierto que los pueblos directamente involucrados y afectados han necesitado décadas para tomar conciencia de las dimensiones de ese horror, al principio sólo sordamente sentido, que culmina en el holocausto, la aniquilación organizada de los judíos europeos. Pero esa conmoción, aunque reprimida en un primer momento, sin embargo, luego ha liberado energías y al cabo incluso formas de comprensión que en la segunda parte del siglo han traído un vuelco a la escena del horror. Para las naciones que en 1914 han arrastrado al mundo a una guerra sin límites tecnológicos, para los pueblos que en 1939 han arrostrado el crimen colectivo de una guerra de aniquilación sin límites ideológicos, el año 1945 señala también un giro a mejor, hacia la domesticación de esas fuerzas bárbaras que en Alemania brotaron incluso del mismo suelo de la civilización. ¿No habremos aprendido algo, después de todo, de las catástrofes de la primera mitad del siglo?

Mi duda ante esas tres lecturas también puede exponerse así: al segmentar de esa manera un breve siglo XX se agrupa el período de las guerras mundiales con la guerra fría en una sola unidad, y se sugiere el contexto al parecer homogéneo de un guerra ininterrumpida de 75 años entre sistemas, regímenes e ideologías. Pero con ello se rebaja a ese único plano al acontecimiento que no sólo divide el siglo cronológicamente sino que además señala una divisoria en lo económico, lo político, y sobre todo en lo normativo: me refiero a la derrota del fascismo. En esa constelación de la guerra fría va a caer en el olvido la significación ideológica de la alianza de las potencias occidentales con la Unión Soviética contra el Imperio alemán, una alianza que enseguida pasa a parecer «antinatural». Pero en 1945 victoria y derrota han dejado fuera de circulación de forma duradera a aquellos mitos que desde fines del s. XIX se habían movilizadado en un frente amplio contra la herencia de 1789. La victoria de los aliados no sólo ha encarrilado un proceso democrático en la República Federal de Alemania, Japón e Italia, y al cabo también en Portugal y España: también dejó sin fundamento a toda forma de legitimación que no acatara al menos verbalmente, al menos en la letra, el universalismo político de la Ilustración. Aunque ciertamente esto no sea ningún consuelo para las víctimas de las vulneraciones de derechos humanos que han seguido sucediendo.

Al menos, a partir de 1945 se ha producido en el invernadero de las ideas un cambio de atmósfera sin el que no hubiera podido abrirse paso

la única innovación cultural indiscutible del siglo. La revolución cumplida en arquitectura, música y artes figurativas antes de la primera guerra y durante su transcurso, alimentada por las experiencias de la misma, no ha alcanzado vigencia mundial hasta después de 1945 y por así decir en forma de pasado, de «clásicos modernos». El arte de vanguardia ya había producido a principios de los años treinta un repertorio de formas y técnicas completamente nuevas, con el cual experimenta el arte internacional en la segunda mitad del siglo sin haber rebasado el horizonte de posibilidades entonces abierto. Quizá sólo se halle originalidad y efectividad histórica comparables en las obras, surgidas también por aquel entonces, de dos filósofos ciertamente alejados de lo moderno, Heidegger y Wittgenstein.

Sea como sea, el cambio de clima cultural que se abre paso en 1945 constituye también el telón de fondo de tres procesos políticos que, incluso en la presentación que hace Hobsbawm³, le han dado al período que va desde la postguerra hasta entrados los años ochenta un rostro *diferente*: son la guerra fría (a), la descolonización (b) y la construcción del estado social en Europa (c).

A) La espiral de una carrera de armamentos tan grandiosa como agotadora ha mantenido aterrorizadas a las naciones directamente amenazadas; pero, con todo, los cálculos dementes de un equilibrio del terror –MAD era la irónica abreviatura de *mutually assured destruction*– han evitado el estallido de una guerra caliente. El inesperado cambio de tono de unas superpotencias enloquecidas, el razonable acuerdo entre Reagan y Gorbachov con el que se dio paso en Reikiavik al fin de la carrera de armamentos, permite ver retrospectivamente la guerra fría como el arriesgado proceso de autocontrol de unas alianzas dotadas con armas atómicas. De forma parecida se puede describir la implosión pacífica de una parte del mundo cuyos dirigentes reconocen la ineficacia de un modo de producción que se presumía superior y su derrota en la competición económica, en lugar de desviar conforme al modelo acreditado los conflictos internos hacia el exterior en aventuras militares.

B) Tampoco la descolonización fue un proceso lineal. Pero, retrospectivamente considerado, las potencias coloniales sólo han trabado combate para cubrir su retirada. En Indochina los franceses se defienden en vano de movimientos nacionales de liberación; en 1956 nau-

³ E. Hobsbawm, *Das Zeitalter der Extreme*, Munich, 1997; le debo a este libro más sugerencias de las que se pueden expresar en una nota.

fraga la aventura de franceses y británicos en Suez; y en 1975 los norteamericanos han de interrumpir su intervención en Vietnam tras diez años de pérdidas constantes. Ya en 1945 no fue el imperio del vencido Japón el único en desmembrarse; ese mismo año se independizaban Siria y Libia. En 1947, los británicos se retiraban de la India; al año siguiente nacían Birmania, Sri Lanka, Israel e Indonesia. Luego alcanzaron la independencia las regiones del Islam occidental desde Persia a Marruecos, poco a poco los estados centroafricanos, y finalmente las colonias restantes en el sudeste asiático y el Caribe. El fin del régimen de *apartheid* en Sudáfrica y la reincorporación de Hong-Kong y Macao a China constituyen la conclusión de un proceso que, al menos formalmente, ha excluido toda dependencia de los pueblos coloniales y convertido en miembros de pleno derecho de la asamblea de las Naciones Unidas a los nuevos estados así creados, por lo demás desgarrados con demasiada frecuencia por guerras civiles, conflictos culturales y hostilidades raciales.

C) Inequívocamente provechoso sólo lo es el tercero de esos procesos. En las pacíficas y ricas democracias de la Europa occidental —y en limitada medida también en los Estados Unidos y otros países— se desarrollaron economías mixtas que han permitido desarrollar y ampliar derechos civiles y materializar eficazmente por primera vez derechos sociales fundamentales. Ciertamente el explosivo crecimiento de la economía mundial, la diversificación de la producción industrial, y la decuplicación del comercio mundial de productos industriales tan sólo entre principios de los cincuenta y principios de los setenta, han fomentado disparidades entre regiones ricas y pobres del mundo. Pero no obstante los gobiernos de los países de la OCDE, que en esas dos décadas aportaban tres cuartas partes de la producción mundial y cuatro quintos del comercio mundial en productos industriales, habían aprendido de las catastróficas experiencias de entreguerras lo suficiente como para proseguir una política económica inteligente concebida con miras a la estabilidad interna, y aprovechando unas tasas de crecimiento relativamente altas, construyeron y reformaron amplios sistemas de seguridad social. Aquí, en figura de una democracia de masas en un estado social, la forma económica capitalista y su elevada productividad quedaba por vez primera socialmente controlada y más o menos armonizada con la autoconciencia normativa de estados constitucionales democráticos.

Para un historiador marxista como Eric Hobsbawm estos tres procesos son base suficiente para celebrar las décadas de postguerra como

«edad dorada». Pero a más tardar en 1989 la opinión pública ha percibido el final de esa era. En los países en que el estado social se percibe, siquiera retrospectivamente, como un logro sociopolítico, cunde la resignación. El final del siglo aparece bajo el signo de un riesgo estructural que amenaza a un capitalismo domado por el estado social con la resurrección de un neoliberalismo que no conoce consideración social alguna. Hobsbawm comenta esta atmósfera entre apesadumbrada y perpleja, acallada por una música tecno chillona, con el tono de un escritor del bajo imperio: «El breve siglo XX acababa con problemas para los que nadie tenía o pretendía siquiera tener solución. Mientras se abrían un camino a su alrededor a través de la niebla global, hacia el tercer milenio, los ciudadanos del *Fin de siècle* sólo sabían con certeza que una época histórica había llegado a su fin. Mucho más, no sabían»⁴.

Los *viejos* problemas como el de asegurar la paz y la seguridad internacional, el de las diferencias económicas entre norte y sur o el de las amenazas al equilibrio ecológico eran ya de naturaleza global. Pero hoy se agravan a resultas de otro que ha venido a sumárseles recientemente y que supera todos los desafíos planteados hasta la fecha. Un nuevo avance del capitalismo hacia la globalización, esta vez al parecer definitivo, limita incluso la capacidad de acción del grupo de estados punteros (G7) que, a diferencia de los estados del Tercer Mundo, económicamente dependientes, habían podido salvaguardar una relativa independencia. La globalización económica constituye el desafío central para el orden social y político surgido en la Europa de postguerra (III). Una salida podría consistir en que el poder regulador de la política creciera a la altura de un mercado que se sustrae a la intervención de los estados nacionales (IV). ¿O es que la falta de un diagnóstico esclarecedor de la época que nos sirva de orientación tiene que significar que *sólo* sabemos aprender de las catástrofes?

3. *Ante el fin del compromiso del estado social*

Resulta irónico que las sociedades desarrolladas se tropiecen al final del siglo con el retorno de un problema que, sin embargo, parecían haber resuelto bajo la presión del sistema de competencia. El problema es tan viejo como el propio capitalismo: ¿cómo aprovechar eficazmente

⁴ *Ibid.* 688.

las funciones de descubrimiento y asignación que cumplen unos mercados autorregulados, pero sin tener que cargar con desigualdades distributivas y costes sociales que resultan incompatibles con las condiciones de integración de sociedades liberales democráticamente constituidas? Al disponer en las economías mixtas de occidente de una parte notable del producto social, el estado había conseguido un margen de maniobra para transferir fondos y subvencionar, principalmente, una política de infraestructuras, empleo y asuntos sociales. Podía influir en el marco de condiciones de producción y distribución con el fin de alcanzar estabilidad de precios, pleno empleo y crecimiento económico. En otras palabras, mediante medidas de fomento del crecimiento económico por una parte y de política social por otra el estado regulador podía *simultáneamente* fomentar la dinámica económica y asegurar la integración social.

Dejando a un lado mayores diferencias, el sector de servicios sociales se había venido extendiendo en países como Estados Unidos, Japón y la República Federal de Alemania hasta entrados los años ochenta. Pero desde entonces se ha impuesto en todos los países de la OCDE un cambio de tendencia: el montante de prestaciones se restringe, al tiempo que se dificulta el acceso a los sistemas de seguros y crece la presión sobre los parados. La reforma y desmantelamiento del estado social es consecuencia inmediata de una política económica orientada a la oferta cuya meta es desregular mercados, desmantelar subvenciones y mejorar las condiciones para la inversión, y que incluye una política monetaria y crediticia antiinflacionista así como el hundimiento de los impuestos directos, la privatización de empresas estatales y otras medidas similares.

Claro que la ruptura del compromiso del estado social tiene por consecuencia que irrumpan de nuevo las tendencias a la crisis que éste había atajado. Surgen costes sociales que amenazan desbordar la capacidad de integración de una sociedad liberal. Son inequívocos los indicios de aumento de pobreza e inseguridad social ante crecientes desigualdades de ingresos, e incofundibles las tendencias a la desintegración social⁵. Aumenta el abismo entre las condiciones de vida de empleados, subempleados y parados. Donde convergen *en un haz* diversas exclusiones –del sistema de empleo y formación permanente, de prestaciones estatales, del mercado inmobiliario, de recursos familiares, etc.– allí sur-

⁵ W. Heitmeyer ed., *Was treibt die Gesellschaft auseinander?*, Frankfurt/M., 1977.

gen «infraclases». Esos grupos depauperados y cada vez más apartados del resto de la sociedad ya no pueden cambiar su posición social con sus propias fuerzas⁶. Pero semejante pérdida de solidaridad tiene que destruir a largo plazo una cultura política liberal a cuya autoconciencia universalista están abocadas las sociedades democráticamente constituidas. Pues decisiones de mayorías formalmente correctas que sólo reflejen ya angustia de clase y reflejos de autoafirmación de capas sociales amenazadas de degradación, esto es, estados de ánimo de un populismo de derechas, socavarían la legitimidad de los mismos procedimientos e instituciones.

Naturalmente los neoliberales, que aceptan una buena dosis de desigualdad social y creen además en la justicia inherente al procedimiento de que sean mercados financieros internacionales los que «valoren posiciones», valoran la situación actual de otro modo que quienes siguen «colgados de la era socialdemócrata» porque saben que derechos sociales iguales son las ballenas del corsé de la ciudadanía democrática. Pero ambas partes describen el dilema de forma absolutamente parecida. Sus diagnósticos parten del hecho de que los gobiernos nacionales se ven forzados a un juego de sumar cero en el que unas magnitudes económicas finales que son insoslayables ya sólo se pueden alcanzar a costa de finalidades sociales y políticas. En el marco de una economía global, los estados nacionales sólo pueden mejorar la competitividad internacional de sus «posiciones» restringiendo su propio poder conformador como estado: lo cual legitima políticas de desmantelamiento que dañan al conglomerado social y someten a una dura prueba la estabilidad democrática de la sociedad⁷. Subyace a semejante dilema una situación que admite una descripción plausible pero que aquí no puedo fundamentar, ni siquiera exponer en detalle⁸. Se puede apuntar en dos tesis: (1) Los problemas económicos de las sociedades del bienestar se explican a partir de un cambio estructural del sistema económico mundial que se designa con la palabra «globalización». (2) Esa transformación restringe

⁶ N. Luhmann, *Jenseits von Barbarei*, en M. M. Miller y H. G. Soeffner (eds.), *Modernität und Barbarei*, Frankfurt/M., 1996, 219-230.

⁷ R. Dahrendorf llama a esto «la cuadratura del círculo», en *Transit*, 12, 1996, 5-28.

⁸ Agradezco el permiso para revisar los siguientes manuscritos: C. Offe, *Precariousness and the Labor market. A Medium Term Review of Available Policy Responses*, Ms. 1997; J. Neyer, M. Seeleib-Kaiser, *Bringing Economy Back*, en *Economic Globaliation and the Re-Com-Modification of the Workforce*, Zentrum für Sozialpolitik, Univ. Bremen, Arbeitspapier 16/95; H. Wiesenthal, *Globalisierung. Soziologische und politikwissenschaftliche Koordinaten eines unbekanntes Territoriums*, Ms. 1995.

el margen de maniobra de los agentes nacionales hasta tal punto que las opciones que les quedan no bastan para «amortiguar»⁹ suficientemente indeseados efectos secundarios, de tipo político y social, de la actividad de un mercado transnacional.

Al estado nacional le quedan cada vez menos opciones. Dos están descartadas: el proteccionismo, y la vuelta a una política económica enfocada a la demanda. En la medida en que los movimientos de capitales aún admitan control, en las actuales condiciones de la economía mundial los costes de un aislamiento proteccionista de la economía doméstica alcanzarían rápidamente una magnitud inaceptable. Y en cuanto a los programas estatales de empleo, no sólo naufragan hoy ante los límites de endeudamiento del presupuesto público, sino que tampoco son ya eficaces en el marco nacional. En condiciones de economía global ya no funciona «el keynesianismo en un solo país». Más perspectivas ofrece una política de adaptación anticipada, inteligente y cauta, de las relaciones económicas nacionales a la competencia internacional. Entre tales perspectivas se cuentan las medidas ya sabidas de una política industrial previsoras: el fomento de la investigación y el desarrollo o lo que es igual de innovaciones *futuras*, la cualificación de las fuerzas laborales mejorando su formación y perfeccionamiento, así como una sensata «flexibilización» del mercado de trabajo. Esas medidas conllevan posiciones más ventajosas a medio plazo, pero, sin embargo, no cambian nada en el patrón de competencia internacional. Por más vueltas que se le dé, la globalización de la economía destruye una constelación histórica que ha hecho posible temporalmente el compromiso del estado social. Aunque éste no represente en modo alguno la solución ideal de un problema inherente al capitalismo, no obstante ha mantenido dentro de unos límites aceptables los costes sociales ocasionados.

En Europa se habían formado hasta el siglo XVII estados caracterizados por el dominio soberano sobre un territorio y que superaban en capacidad recaudatoria a formas políticas más antiguas, como los imperios o las ciudades-estado. El estado moderno se había diferenciado, con una función específica de *administración*, de la circulación económica del mercado jurídicamente instituida; al mismo tiempo se había vuelto también dependiente de la economía capitalista en cuanto estado *fiscal*. En el curso del siglo XIX se abrió a formas democráticas de legitimación

⁹ Las consideraciones que siguen se pueden encontrar con mayor detalle en J. Habermas, *Jenseits des Nationalstaates? Zu einigen Folgeproblemen der wirtschaftlichen Globalisierung*, en U. Beck (Hg.), *Politik der Globalisierung*, Frankfurt/M., 67-84.

como estado *nacional*. En algunas regiones privilegiadas y en las circunstancias favorables de la postguerra, ese estado nacional que entretanto se había convertido en un modelo por todo el mundo pudo transformarse en estado *social*, pasando por la regulación de una economía nacional de todos modos intacta en sus mecanismos de autorregulación fiscal. Esta combinación peligra hoy en la medida en que una economía global se sustrae a la competencia de tal *estado regulador*. Así que evidentemente las funciones del estado social sólo se podrán cumplir en las mismas proporciones que hasta ahora si del estado nacional se traspasan a unidades políticas capaces de dar alcance a una economía transnacionalizada.

4. *¿Más allá del estado nacional?*

De ahí que la mirada se ponga ante todo en la construcción de instituciones supranacionales. Esto explica la aparición de alianzas económicas continentales como NAFTA o APEC, permitidas por unos acuerdos entre gobiernos cuyo carácter vinculante sólo está garantizado por unas sanciones leves en todo caso. Mayores son las ganancias cooperativas en proyectos más ambiciosos como la Unión Europea. Pues con tal régimen continental no sólo surgen espacios monetarios únicos que restringen los riesgos de las oscilaciones de divisas, sino también mayores unidades políticas con competencias escalonadas jerárquicamente. En el futuro la cuestión será si mantenemos el «statu quo» de una Europa ya integrada como mercado, o bien queremos encaminarnos hacia una democracia europea.

Por su base geográfica y económicamente ampliada, tal régimen también podrá sin duda alzarse con ventajas en la competencia mundial y mejorar su posición frente a otros. La creación de unidades políticas mayores lleva a alianzas defensivas frente al resto del mundo, pero no altera nada, sin embargo, en el modo de competir por una mejor posición. No lleva *per se* a cambiar el rumbo y pasar de la *adaptación* al sistema económico transnacional a intentar ganar *influencia política* en ese mismo marco de condiciones. Por otra parte los acuerdos políticos de este tipo cumplen una condición necesaria para que la política se recobre frente a las fuerzas de la economía global. Con cada nuevo régimen supranacional se restringe el número de actores políticos y se va llenando el club de los pocos con capacidad de acción global, lo que quiere decir también de cooperación global; es decir, aquellos que,

supuesta la correspondiente voluntad política, estarían en situación de establecer acuerdos vinculantes sobre marcos de condiciones.

Tanto más difícil que la convergencia de los estados europeos en una unión política es ponerse de acuerdo en el proyecto de un orden económico mundial que no se agotara en establecer mercados e institucionalizarlos jurídicamente, sino que introdujera elementos de formación de una voluntad política mundial y pudiera garantizar la domesticación de indeseados efectos sociales secundarios del mercado global. Visto el desbordamiento del estado nacional por una economía global se abre paso, ciertamente en abstracto, como si dijéramos sobre un tapete verde, una alternativa: justamente, la transferencia a instancias supranacionales de funciones que hasta ahora habían garantizado estados sociales en marcos nacionales. Pero en este plano falta un modo de coordinación que atendiendo a medidas sociales pudiera desviar por vías más soportables el tráfico transnacional dirigido por el mercado. Con certeza los 191 estados soberanos también están entrelazados más acá de las Naciones Unidas por una estrecha red de instituciones¹⁰. Unas 350 organizaciones gubernamentales, la mitad de ellas fundadas a partir de 1960, atienden funciones económicas, sociales y pacificadoras. Pero como es natural no están en situación de poner a punto una coordinación positiva y cumplir funciones reguladoras en campos como la política de empleo, social o económica que son importantes a efectos de redistribución.

Nadie persigue por gusto una utopía, y menos hoy, cuando todas las energías utópicas parecen haberse disipado¹¹. De modo que, sin esfuerzos dignos de mención por parte de las ciencias sociales, la idea de una política a la altura de los mercados tampoco ha madurado hasta la fecha ni siquiera como «proyecto». Éste tendría que simular, al menos como ejercicios teóricos, un equilibrio de intereses exigible a todas las partes, y permitir reconocer el esbozo de prácticas y procedimientos adecuados al mismo. Se comprende la resistencia de las ciencias sociales a esbozar un régimen transnacional así, con hechuras de política interior a escala

¹⁰ D. Senghaus, *Interdependenzen im internationalen System*, en G. Krell y H. Müller (eds.), *Frieden und Konflikt in den internationalen Beziehungen*, Frankfurt, 1994, 190-222.

¹¹ No creo desde luego que mi diagnóstico de 1985 haya quedado sin valor por la imprevista implosión de la Unión Soviética; J. Habermas, *Die Krise des Wohlfahrtsstaats und die Erschöpfung utopischer Energie*, en *loc. cit.*, *Die Neue Unübersichtlichkeit*, Frankfurt/M., 1985, 141-163.

mundial, si partimos de que tal proyecto tiene que justificarse a partir de los intereses *dados* de estados y poblaciones, y de que han de materializarlo poderes políticos *independientes*. En una sociedad mundial estratificada parecen darse conflictos de intereses *irreconciliables* a resultas de la asimétrica interdependencia entre países desarrollados, recién industrializados o subdesarrollados. Pero tal perspectiva sólo es acertada en la medida en que, al no existir ningún procedimiento institucional para la elaboración transnacional de criterios de decisión, los agentes capaces de obrar globalmente se ven llevados a ampliar cada cual sus propias preferencias a puntos de vista de un «*global governance*»¹².

Los procesos de globalización, que no son sólo de tipo económico, nos acostumbran más y más a una perspectiva *diferente* en la que aparece ante nuestros ojos cada vez más claramente lo limitado de los diversos puntos de vista sociales, lo común del riesgo, y lo estrechamente entretelado de los destinos colectivos. Mientras crecen velocidad y densidad del tráfico y las comunicaciones, menguando las distancias espaciales y temporales, la expansión de los mercados choca con los límites del planeta y la explotación de recursos con los de la naturaleza. El horizonte así estrechado no permite ya a medio plazo exportar las consecuencias de la conducta propia: cada vez es más raro poder descargar, sin miedo a ser sancionado, costes y riesgos sobre otros, ya se trate de otros sectores sociales, regiones distantes, culturas extranjeras o generaciones futuras. Esto es evidente lo mismo en los riesgos de la alta tecnología, que ya no se pueden acotar localmente, como en la producción industrial de sustancias dañinas en las sociedades ricas, que ponen en peligro a toda la tierra¹³. Pero si esto es así, ¿hasta cuándo podremos descargar costes socialmente provocados en segmentos de la población laboral que se han vuelto «superfluos»?

Ciertamente no cabe esperar de los gobiernos acuerdos ni regulaciones internacionales que actúen contra tal exportación de consecuencias mientras se les siga percibiendo como agentes independientes en sus respectivos escenarios nacionales, en los que han de ganarse aprobación y reelección. Los estados particulares han de quedar ligados por procedimientos vinculantes de cooperación en una comunidad cosmopolita de estados con fuerza de obligación, y de manera tal que resulte perceptible en sus respectivas políticas interiores. Por eso la cuestión decisiva es si en las sociedades civiles y la opinión pública de regímenes que están implan-

¹² D. Held, *Democracy and the Global Order*, Cambridge, 1995.

¹³ U. Beck, *Gegengifte. Die organisierte Unverantwortlichkeit*, Frankfurt/M., 1988.

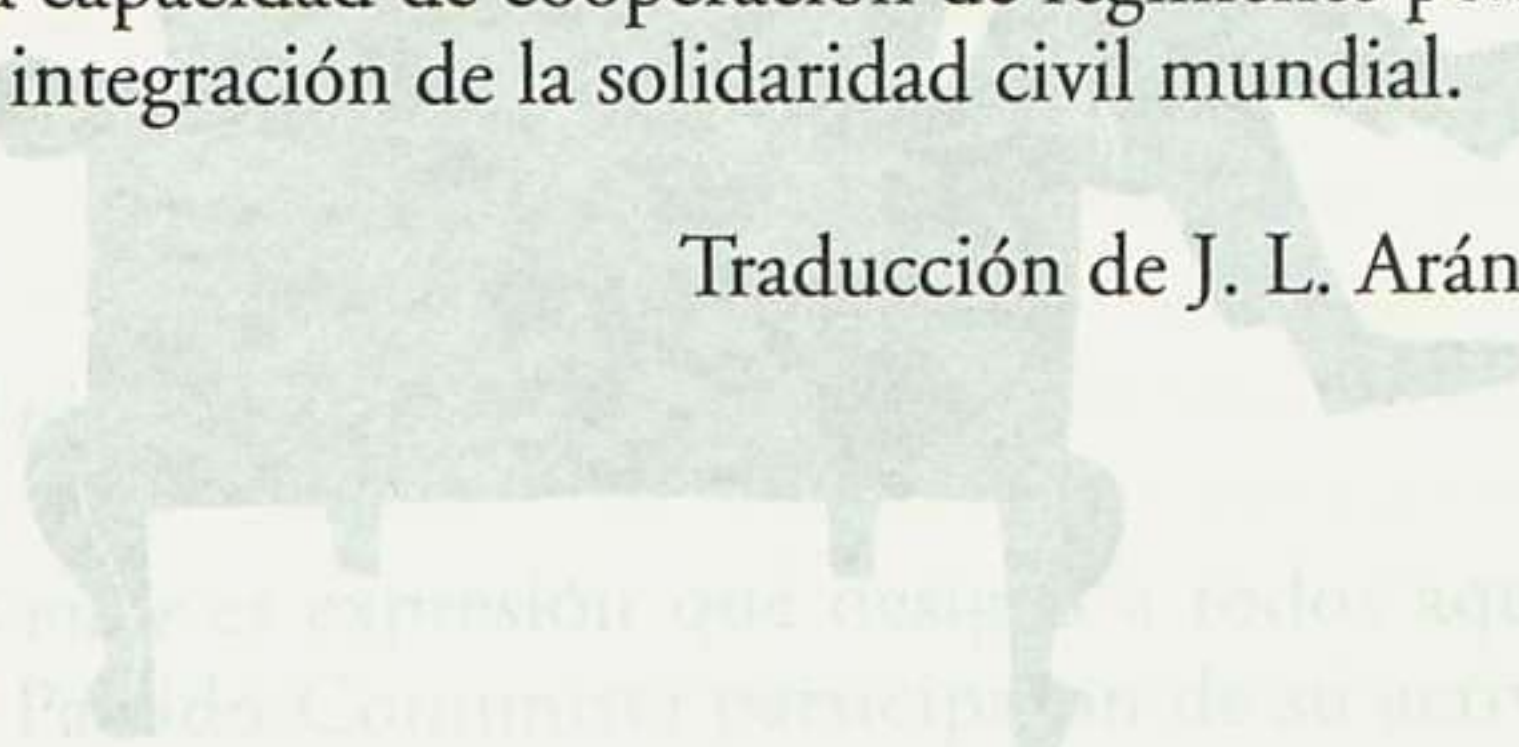
tándose en grandes áreas territoriales puede surgir una conciencia que fuerce a la solidaridad cosmopolita. Sólo la presión de un cambio de actitud semejante en la conciencia de los ciudadanos y sus efectos en política interior podrá cambiar también la autoconciencia de los agentes capaces de actuar a escala global, llevándoles a entenderse cada vez más como miembros irremisiblemente forzados a cooperar en el marco de una comunidad internacional, y con ello, a tomar en consideración recíprocamente sus intereses. Tal cambio de perspectiva, de unas relaciones internacionales a una política interior mundial, no es de esperar por parte de las élites gobernantes, no hasta que los gobernados recompensen tal cambio de actitud movidos por su propio interés bien entendido.

Ejemplo alentador es la conciencia pacifista que se ha articulado públicamente tras dos bárbaras guerras mundiales, y que partiendo de las naciones directamente involucradas se ha difundido por muchos otros países. Sabemos que este cambio de conciencia no ha impedido en absoluto guerras locales e innumerables guerras civiles. Pero, aun así, a consecuencia de ese cambio de mentalidad, los parámetros políticos y culturales de las relaciones entre estados han cambiado de forma que la declaración de los derechos humanos de las Naciones Unidas, con su proscripción de las guerras de agresión y la acusación de crímenes contra la humanidad, haya podido ganar la débil fuerza normativa y vinculante de las convenciones públicamente reconocidas. No basta eso para institucionalizar procedimientos, prácticas y reglas pertinentes para la economía mundial que puedan permitir la solución de problemas globales. La regulación de la sociedad mundial desencadenada exige políticas que redistribuyan las cargas. Esto sólo será posible sobre la base de una solidaridad civil mundial hasta ahora inexistente, y que obviamente tendría un carácter vinculante más débil que la solidaridad de una ciudadanía estatal desarrollada en los estados nacionales. Objetivamente, la población mundial hace mucho que ha establecido una involuntaria comunidad de riesgos. Por eso no es del todo descabellada la esperanza de que bajo esa presión prosiga el gran impulso intelectual, tan cargado de consecuencias históricas, que llevó de una conciencia local y dinástica a otra nacional y democrática.

La institución de procedimientos para determinar los intereses mundiales y darles la mayor generalidad, así como para plantear de manera imaginativa intereses comunes, no podrá cumplirse en figura de estado mundial (por lo demás tampoco deseable); tendrá que tomar en cuenta la independencia, autonomía y peculiaridad de estados anteriormente soberanos. Pero ¿qué aspecto ofrece el camino que lleva hasta

ahí? El problema de Hobbes, cómo estabilizar expectativas sociales de conducta, se traslada a la cooperación entre egoístas racionales en el plano global. Aun en sociedades cuya élites políticas sean capaces de iniciativas como las mencionadas, las innovaciones institucionales no se ponen a punto si no encuentran eco y respaldo en las escalas de valores en trance de transformarse entre sus poblaciones. Por eso los primeros destinatarios de tal «proyecto» no son gobiernos sino movimientos sociales y organizaciones no gubernamentales, esto es, los miembros activos de una sociedad civil que sobrepasa las fronteras nacionales. En todo caso la idea de que las regulaciones de competencias deberían crecer a la altura de unos mercados globalizados remite a complejas interrelaciones entre la capacidad de cooperación de regímenes políticos y una nueva forma de integración de la solidaridad civil mundial.

Traducción de J. L. Arántegui

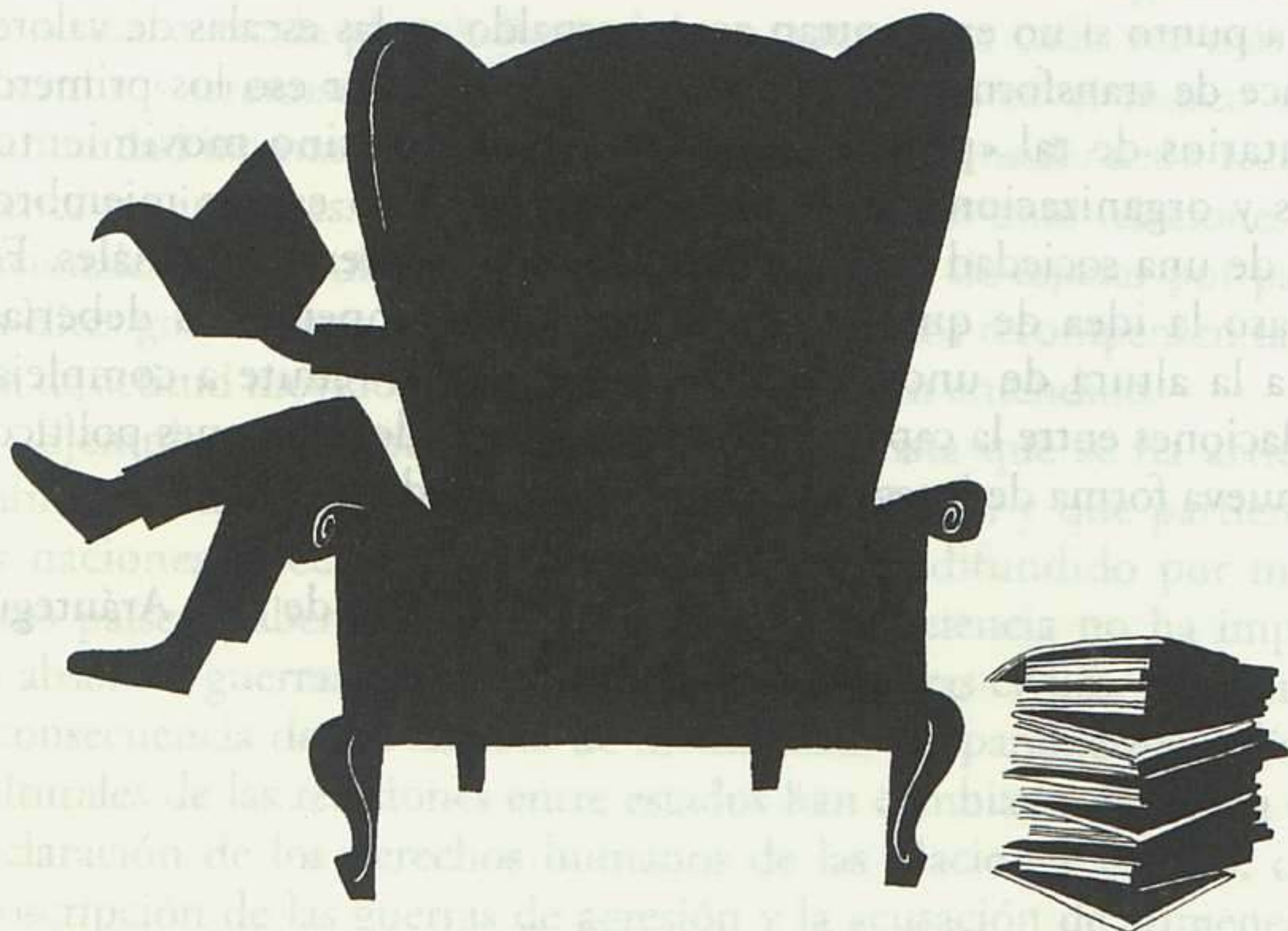


venta y suscripciones:
 1991, 07, suscripciones a la
 28004 Madrid
 Telf. (91) 308 60 88
 Fax: (91) 319 92 87

Asociación de Revistas
 Culturales de España



La cultura pasa por aquí



A&V	Bitzoc	Dirigido	Leer	Reseña
Abaco	La Caña	Documentos A	Letra	Revista de Occidente
Academia	CD Compact	Ecología Política	Internacional	RevistAtlántica
ADE-Teatro	El Ciervo	ER	Leviatán	Scherzo
Afers Internacionals	Cinevídeo 20	El Europeo	Lletra de Canvi	Síntesis
Africa América Latina	Claridad	Fotovideo	Ni hablar	Sistema
Ajoblanco	Claves de Razón Práctica	Gaia	Nuestra Bandera	Suplementos Anthropos
Album	CLIJ	Grial	Nueva Revista	La Página
Alfoz	Creación	Guadalimar	La Página	El Paseante
Anthropos	El Croquis	El Guía	El Paseante	Por la Danza
Archipiélago	El Croquis	Historia y Fuente Oral	Por la Danza	Primer Acto
Arquitectura Viva	Cuadernos de Jazz	Hora de Poesía	Primer Acto	Quaderns d'Arquitectura
L'Avenç	Cuadernos del Lazarillo	Insula	Quaderns d'Arquitectura	Quimera
La Balsa de la Medusa	Debats	Jakin	Quimera	Raíces
	Delibros	Lápiz	Raíces	



Asociación de Revistas
Culturales de España

**Exposición, información,
venta y suscripciones:**

Hortaleza, 75
28004 Madrid
Teléf.: (91) 308 60 66
Fax: (91) 319 92 67